

LA
Wanda
DE **Masoch**
¿Ama o esclava?

María Elena Sarmiento



La Wanda de Masoch ¿Ama o esclava?

María Elena Sarmiento

Título: La Wanda de Masoch
©2020 María Elena Sarmiento Hoyo
angelitadel_cielo@hotmail.com

Portada: Wakamolemonster
wakamolemonster@gmail.com

Primera edición: 2020
Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las leyes de propiedad intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibido su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer con fines distintos al autorizado.

Dedicatoria

A Juan Antonio, mi compañero, mi amigo, mi apoyo. Tu presencia es básica en mi vida. Muchas gracias.

A Diego y Fer por ser el motor de mi existencia. Muchas gracias.

A ti, lector, que estás a punto de sumergirte en la vida de Wanda. Es una mujer fascinante. Espero que la encuentres tan apetecible como yo. Muchas gracias por leerme.

*Cuanto más fácilmente se entrega la mujer, más frío e im-
perioso es el hombre,
pero cuanto más cruel e infiel le es, cuanto más juega de
una manera criminal,
cuanta menos piedad le demuestra,
más excita sus deseos, más la ama y la desea.*

Leopold von Sacher Masoch

Capítulo 1

En esta ceremonia todo es falso y, sin embargo, Wanda está feliz. Por un momento piensa en su nombre. Unos meses atrás, ni siquiera sabía quién era Wanda y ahora hasta se habla a sí misma de esa forma. La original es el personaje de una novela del hombre del que está enamorada, en el que ha depositado sus expectativas y que la tiene fascinada. Si él quiere llamarla así, ¿qué tiene de malo?

Ella nació siendo Angelika Aürora Rümelin, ¿quién ha escuchado ese apellido? La pobreza y la lacra de una familia insignificante la han acompañado siempre. Es cierto que lo que está llevando a cabo es un matrimonio ficticio, pero sabe que Leopold von Sacher Masoch es un caballero de principios y cree que él es sincero en su sentimiento, tan sincero como puede ser un individuo que se enamora una y otra vez.

Sabe que no puede confiar en la palabra de nadie, pero al menos cree haber encontrado a un hombre ilustre que parece honesto. Habla de sus propias debilidades, de sus creencias, tiene la sensibilidad de mostrarse vulnerable. Dice que la ama, que no puede vivir sin ella y la describe como si la conociera de toda la vida. Su inteligencia la tiene deslumbrada, aunque no sabe cuánto tiempo puede durar interesado en ella. Lo que sí es seguro es que por una temporada tendrá el sustento asegurado. ¡Le preguntó si ella consideraba que les alcanzaría con los 6000 florines que calculaba ganar al siguiente año para vivir! Toda su familia había subsistido hasta ese día con la décima parte o menos. Lo que fuera, era mejor que como había vivido hasta entonces. Tal vez, si cumple con todo lo que se espera de

la mujer de un intelectual tan importante, pueda conservar su amor. Él no solamente es rico, sino que estudió Derecho, Historia y Matemáticas, tiene un doctorado en Leyes y es un escritor famoso.

Wanda, por su parte, no ha sido tan honesta. Él ha interpretado que ella viene de una familia pudiente y no ha querido desmentirlo. Es más, para mantenerlo interesado, le ha hecho pensar que es una mujer casada en proceso de divorcio. No es fácil explicarle de otra forma el porqué ya no es virgen. No está segura de cuál sería su reacción si se enterara de que ya ha tenido relaciones sexuales y eso que nunca ha estado casada. La mayoría la juzgaría, aunque por las cartas que se han intercambiado, cree que tal vez él no vea las cosas tan drásticas. Aunque quién sabe, por escrito uno puede decir cualquier cosa y no es necesario que sea verdad. De cualquier forma, no es fácil hablarle de lo que ella, una mujer de 27 años, ha tenido que hacer para sobrevivir. Quizá más adelante, cuando ambos estén más seguros de su relación, podrá confiarle todo. De momento, le ha dicho que sabe que él no está hecho para el matrimonio porque se ha comprometido a casarse muchas veces y se ha zafado al final en cada ocasión. Por eso, acepta vivir con él sólo con un juramento personal y privado entre los dos, sin importarle cómo los juzguen los demás. En esta ceremonia están llevando a cabo una farsa, pero aceptada por ambos. Wanda piensa que esto ya es al menos un compromiso importante, aunque no legal.

Han llegado en un carruaje rentado. Se detienen a las orillas del río Mura, a la entrada de un jardín en las faldas de la colina Schlossber. Durante el trayecto, han venido admirando las cascadas que se forman al caer el agua de las montañas. Buscan un lugar en donde el río ha perdido el ímpetu y les ofrece la calma que necesitan para estar seguros de lo que se van a prometer.

Él lleva puesto un traje y corbata blancos. Le abre la puerta y la ayuda a bajar al tiempo que, con una reverencia,

le regala un abrigo largo hasta los talones fabricado con nueve piezas de piel de oveja curtida y el cuello y los puños de conejo. Wanda se asombra ante el obsequio tan espléndido. Se lo pone de inmediato sobre el único vestido formal que tiene, el que parece de seda negra.

Leopold la mira extasiado y le pregunta al cochero:

—¿Ha visto dama más bella sobre la Tierra? ¿Verdad que parece una diosa?

El hombre no escuchó bien y cuando Leopold Sacher Masoch le repite las preguntas, responde en voz baja:

—Sí. Muy hermosa —Se retira sin saber si esa era la contestación adecuada.

Leopold sonríe y conduce a Wanda de la mano hasta la orilla del Mura. Ahí se quedan un momento en silencio. No saben muy bien lo que tienen que hacer. Se han prometido que no tendrán sexo sin antes haber llevado a cabo este ritual en el que se entregarán sus almas. Con la mirada se demuestran su amor y su deseo. Ella espera que él, un hombre de 36 años, le enseñe a encontrar el placer, como se lo ha jurado. Él espera que ella se le entregue en cuerpo y alma. Las promesas son reales, aunque por el momento son lo único que los liga uno al otro.

—Para mí, esta unión es más sagrada que si el Papa en persona la hubiera bendecido, mi amada Wanda. El que tú, una mujer tan hermosa, tan grande en todos sentidos, esté dispuesta a entregármeme a mí, el más bajo de los hombres y sin una bendición apostólica ni un papel, es el más alto honor que he recibido —a Leopold le tiembla la voz cuando le pone el anillo a su mujer.

—Esta fecha quedará grabada en mi corazón para siempre: 15 de noviembre de 1872, día de tu santo, querido. Para mí, con nuestras voluntades basta. Ésta es una boda verdadera —Wanda coloca el anillo en el dedo del hombre al que ama.

—Prometo respetar tu libertad, estar atento a tus apencias, a tus deseos y ayudarte a cumplirlos en la medida

de mis posibilidades. Prometo ayudarte a ser fiel a tu verdadera naturaleza y satisfacerte todos los días de mi vida.

—Prometo intentar ser la mujer que tú esperas y ...

—No, no, no —la interrumpe él—. Se trata justo de lo contrario. Tú debes ser la mujer que eres, así sin intentar imitar ni complacer a nadie más y yo debo poner mi mayor esfuerzo en darte gusto siempre y en todo lugar.

—Gracias —se sonroja ella—. Bueno, prometo ser feliz a tu lado y ayudarte a que tú también alcances la felicidad. ¿Así está mejor?

Él asiente. Muy emocionado, deja que las lágrimas recorran sus mejillas. Ella se suelta para tomar el pañuelo que trae escondido entre las faldas. Él se lo impide. Sin soltarla, le besa las manos y añade:

—Te juro que algún día lo haremos legal, amada mía. Ahora estoy seguro de que sí me quiero casar contigo porque tú estás dispuesta a ser mi mujer sin que la sociedad lo haya aprobado. Esperaremos a que tu divorcio se concrete, para hacer la formalidad de otra ceremonia, pero sé en mi corazón, que nuestra boda real es ésta.

Él la dirige hasta una banca de piedra, la ayuda a sentarse y, quitándole el zapato izquierdo, con mucha suavidad le roza con sus labios los dedos del pie. Al principio Wanda va a pedirle que se levante porque se siente apenada de tenerlo arrodillado enfrente, le impresiona la humildad con la que se postra, como si le dijera que él no es nada comparado con ella, pero la caricia la ha tomado por sorpresa y una agitación la recorre desde la punta del pie hasta el pecho. Es un calorillo agradable que le dificulta respirar.

— Mírame, postrado ante ti, pisotéame y seré feliz con tal de que me toque tu pie.

Ella sonrío. Traviesa, le despeina el cabello.

Leopold, al ver que el color se le ha subido a su mujer a las mejillas, va acariciando la pantorrilla izquierda, subiendo con lentitud hasta llegar adonde el liguero sostiene la media. Con manos expertas suelta primero el broche delante-

ro y luego el de atrás y va deslizándose la media hacia abajo hasta que deja esa pierna desnuda.

Wanda cierra los ojos y deja escapar un jadeo largo al tiempo que echa la cabeza un poco hacia atrás, como si pudiera ver al cielo con los ojos cerrados, como si de esta manera, el olor de la hierba mojada penetrara mejor en sus orificios nasales y la ayudara a situarse donde está, porque siente que está perdiendo piso. Los labios de Leopold van rozando la piel que quedó descubierta, subiendo poco a poco hasta llegar al muslo.

Se escucha algo que revolotea y los pasos alegres de un niño que grita desde un lugar no muy lejano:

—Mira, papá. ¿Estos son patos?

—Leopold, detente —susurra Wanda con voz entrecortada—, estamos locos —y recupera el aliento para continuar—. Hay gente cerca. Nos está mirando el cochero.

Sacher Masoch se mete la media en el bolsillo del saco y le pone el zapato a su mujer.

—Lo que usted ordene, mi dueña —y, ayudándola a incorporarse, decide:— Tienes razón. ¡Vámonos! Todavía podemos llegar a casa con luz. Quiero que al fin conozcas el hogar donde vas a vivir de aquí en adelante.

A Wanda le cuesta trabajo reaccionar, salir del trance, pero Leopold la toma de la mano y ambos regresan de prisa al carruaje. Ella se siente feliz, ¿quién hubiera podido prever que una muchacha pobre e inculta lograría conquistar a un hombre tan maravilloso? ¡La va a llevar a su casa a vivir!

Ya en el carruaje, saca su pañuelo para limpiar las rodillas del pantalón blanco de su pareja que han quedado manchadas. Él le besa las manos.

—Jamás se ha visto que una diosa limpie la ropa de un simple mortal.

Wanda no puede creer su suerte. Ha soñado con Leopold Sacher Masoch casi desde niña, desde que una vecina le

platicaba que conocía a la novia del momento. Desde entonces, se le había quedado en la mente que el amor que él sentía era el más puro del mundo. Las promesas que, según la vecina, él hacía, eran las más hermosas y sinceras. Había tenido sueños eróticos en donde él era el protagonista y se lo había imaginado como amante muchas veces a lo largo de su vida, pero era para ella un sueño imposible.

Más tarde comprendió que estaba equivocada. Él podía prometer lo que fuera, aunque eso no lo hacía especial ni maravilloso. Desilusionada, se dio cuenta de que era igual que los demás hombres, aunque por más que se lo repetía, en el fondo albergaba una pequeña ilusión de que él fuera mejor. Por eso, estaba muy pendiente de todo lo que tenía que ver con Sacher Masoch. No le resultaba difícil porque sus romances se habían vuelto famosos en Austria y varias veces, él había estado a punto de casarse. Sin embargo, que ella supiera, nunca había llevado a cabo un ritual en donde los contrayentes se juraran amor como lo acababan de hacer. Tenía la esperanza de complacerlo a tal grado que se quedara en su compañía para siempre.

Sonríe al recordar que esto había empezado como una apuesta. La señora Frischauer, una clienta de cuando ella cosía guantes, se había vuelto su gran amiga a pesar de que era mucho mayor de edad. Le prestaba libros y la visitaba seguido para comentarlos. Así, un día le había llevado La herencia de Caín, una obra de Sacher Masoch. Le comentó también que su hijo era tan íntimo amigo del escritor, tan cercano, que la gente decía que era su sombra. Las dos estaban intrigadas con la figura del célebre autor y por cualquier razón, terminaban hablando de él.

La señora Frischauer la tenía al día de los chismes del teatro, del mundo literario y de la vida de Leopold, ese hombre que se había vuelto muy famoso, al que perseguían las mujeres después de que publicaba cada uno de sus libros. Se acababa de comprometer con Jenny Frauenthal, la actriz.

—Una pequeña idiota —aseguró la señora Frischauer— No va a lograr tenerlo interesado ni un mes. Ya lo verás.

—¿Usted cree? —Angelika Aürora Rümelin levantó la mirada de su costura—. Dicen que ella es bellísima y sólo tiene diez y siete años.

—Lo que Masoch necesita es una mujer malvada, como la de su libro *La venus de las pieles*, alguien que lo encadene como a un perro y lo patee mientras él gruñe.

—Lo que buscan todos es una joven inocente y hermosa —aclaró Angelika—. No veo por qué éste tiene que ser diferente a los demás. Ya ve su marido, señora, siempre buscan a una muchachita babosa.

La señora Frischauer estaba recién divorciada y enojada con los hombres. Tal vez por eso, ideó un reto. Le aseguró a su amiga que ella, a pesar de ser cincuentona y con dos hijos, podía hacerse pasar por una joven perversa y lograr que él se enamorara a través de sus cartas. Si lo lograba, ella se iba a dar el gusto de llamarle, cuando menos en privado con su amiga, un verdadero tarado, porque se había enamorado de alguien que no existía. Si no lo lograba, cuando menos se habría divertido.

—Te apuesto lo que quieras a que a él le gustan malas, como Wanda, la Venus de su libro que siempre se viste con pieles.

Angelika no acostumbraba apostar, nunca había tenido algún dinero sobrante como para arriesgarlo de esa forma, por lo que insistió en que ella no aceptaba el reto.

A la señora Frischauer no le importó. A partir de ese día, le empezó a mandar misivas a Leopold, haciéndose pasar por una joven fría, perversa y cruel. Había contratado un discreto apartado postal para recibir las respuestas.

—¿Para qué se arriesga, señora? ¿Qué gana haciéndose pasar por otra?

—Quien no arriesga, no gana, criatura. Yo sé tratar a los hombres y me gustaría ponerlo al descubierto. Mi hijo lo admira sobre todas las cosas. Vas a ver cómo son estos ti-

pos que se dejan llevar por las fantasías que una puede prometer por escrito.

Angelika no objetó más. Se limitaba a leer y a imaginárselo ilusionado. Sentía un poco de pena por el hombre al que estaban engañando sólo por divertirse.

Él contestaba de inmediato, de tal forma que diario, la señora le llevaba la correspondencia a su amiga para reírse del resultado. Desde el principio, él dijo que se estaba enamorando de la autora de esas letras. Ambas se burlaban de la posibilidad de que él se enterara que la dueña de sus amores tenía casi la edad para ser su madre. Era una forma de pasar los días sin aburrimiento, aunque con lo que no contaban era con que él se tomó las palabras muy en serio. En su respuesta, aseguraba que rompió con la actriz porque se había enamorado de la autora de esas cartas tan encendidas.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? Mire, nos culpa a nosotras de su rompimiento.

—¡Qué manipulador! —condenó la señora Frischauer—. Era completamente previsible que se aburriera de ella. Si la tenía hasta en la sopa, era la actriz de su obra de teatro que se estaba interpretando aquí cerca. Los veían a los dos muy acaramelados y siempre acompañados por un famoso director, ¿cómo se llama? Un tal Roll no sé qué. Seguro que Masoch estuvo pensando cómo deshacer su compromiso y se le ocurrió poner a su novia en charola de plata para que el otro se la quedara y se la quitara de encima. Estaba buscando un pretexto para terminar con ella.

—Qué mal pensada —señaló Angelika—. Pobre muchacha. No se merecía esto. Ningún hombre debería hacer cosas así.

—No puedes equiparar a un genio como Masoch con los demás hombres, criatura. ¿Por qué crees que lo persiguen tantas mujeres?

Angelika tomó una de las cartas del escritor y leyó lo suficiente para tener argumentos que contestar.

—Por lo que responde. Porque a cada una le dice lo que quiere escuchar, porque —pintó las comillas en el aire— “está impaciente por besar el suelo que usted pisa, porque le ruega por tener una oportunidad de convertirse en su esclavo y servirla mientras usted se pasea con las dichas pieles que tanto le gustan”.

—¿Ves? Ya estás aprendiendo.

—Total, ¿qué va a hacer, señora?

—Vamos a contestarle.

Así pasaron casi dos meses. Se habían reído mucho, hasta que Sacher Masoch, presa de la tristeza por no poder conocer a su enamorada, dejó de escribir su literatura, de comer y hasta de salir de casa. Le había platicado sus desventuras a su amigo Berthold, que era el hijo de la señora Frischauer, y hasta le enseñó las cartas de su amada.

El problema es que Berthold había reconocido la caligrafía de su madre y le exigió que dejara de hacer esas locuras. Por eso, la señora le había suplicado a Angelika que le ayudara a recuperar su correspondencia. Debía escribirle a Masoch y decirle que la dueña de sus sueños no era libre para poder conocerlo y que por piedad le regresara las cartas incriminatorias.

Angelika al principio se negó. A pesar de que nunca había aceptado la apuesta, terminó cediendo porque no tenía otras amigas y el pensar que alguien de alcurnia la hubiera visitado diario, la hizo sentir comprometida. Escribió lo que la señora le pidió.

Leopold Sacher Masoch estuvo de acuerdo en regresarles todo, pero con la condición de poder conocer en persona a la autora de la última carta, para ver si así como había tenido la lealtad de escribir en nombre de su amiga, se atrevía a ir a recoger la correspondencia en persona y dar la cara. Para él, si ella se atrevía a eso, significaba que era una mujer fuerte y eso era lo que él estaba buscando en cada una de sus parejas.

Angelika objetó al principio, aunque pudo más la curiosidad que ninguna otra cosa. Se presentó a conocerlo usando su único vestido, el negro, pero le añadió un velo para que él no la reconociera. Estaba segura de que al verla tan evidentemente pobre, un hombre de tanto abolengo como él, no le iba a prestar importancia. Desde que la vio, la tomó de la mano y la sostuvo largo tiempo antes de besarla a través del guante, como si ella fuera el máximo tesoro. Ella retiró su mano y se rio restándole importancia porque no supo qué hacer ante ese gesto de deferencia. Además, no podía permitirle que le viera las uñas. De los nervios, se las había mordido y le parecía que se veían horribles.

—¡Atrevido! No le he dado permiso de tomarme la mano; menos de besármela —señaló Angelika Aürora que no pudo pensar en otra cosa que decir.

Su voz profunda, un poco ronca y con un dejo agudo al final que la hacía muy femenina, le fascinó al escritor.

—Disculpe mi osadía —se disculpó él, encantado—. No me había dado cuenta con quién estaba tratando.

Luego sucedió algo que la llenó de vergüenza. Ahí en pleno parque donde se encontraron, una cucaracha o algún insecto parecido caminó directo hacia sus zapatos gastados. Por instinto, ella pisó al animalejo. A él pareció encantarle ese gesto. No paraba de decir que le gustaban las mujeres que afrontaban sus problemas en vez de solicitar ayuda, que ella era maravillosa por su fortaleza de carácter, lo que sea que eso significara para él.

Angelika se devanó el seso intentando pensar qué tenía ella que pudo captar su atención de modo fulminante. Supuso que tal vez él pensó que se trataba de un disfraz y que ella era una gran dama oculta en harapos.

Leopold Sacher Masoch le regresó las cartas de su amiga con toda caballerosidad y de esa forma iniciaron su propia relación epistolar. Por sus palabras, ella se fue enamorando cada vez más de él, de la libertad con la que hablaba de sus deseos y de la libertad que, según él, las mujeres mere-